

Enero - Junio 2025



Vol. LIX - Núm. 1

ESTUDIOS TRINITARIOS

SALAMANCA

estudios trinitarios

Enero-Junio 2025 Vol. LIX - Núm. 1

SUMARIO

EDITORIAL	7-10
ESTUDIOS	
MONTES PERAL, L. Á., <i>La primacía del amor en una teología trinitaria inspirada en el Tratado sobre la Trinidad de Tomás de Aquino</i>	13-48
VALLEJO GAVONEL, M ^a . E., <i>Francisco Pacheco e l'Arte de la Pintura: contributi all'iconografia trinitaria post-tridentina nell'area ispanica</i>	49-91
SALAZAR GARCÍA, L. M., <i>Libertad y persona. Rahner y Zizioulas, dos acercamientos desde el concepto de libertad entendido como autodeterminación</i>	93-119
JAKOSALEM, J., <i>Climate Justice: The Moral Imperative in the Eco-theology of Pope Francis in Contemporary Climate Negotiations and Struggles</i>	121-173
BIBLIOGRAFÍA	175-184

**LA PRIMACÍA DEL AMOR EN UNA TEOLOGÍA
TRINITARIA INSPIRADA EN EL *TRATADO SOBRE LA
TRINIDAD DE TOMÁS DE AQUINO***

THE PRIMACY OF LOVE IN A TRINITARIAN THEOLOGY
INSPIRED BY THOMAS AQUINAS' TREATISE ON THE TRINITY

LUIS ÁNGEL MONTES PERAL
Instituto Teológico “San José” (Palencia)
montesperal@gmail.com

Fecha de recepción: 18 de diciembre de 2024

Fecha de aceptación: 26 de febrero de 2025

Resumen: El presente artículo sostiene la primacía del amor a la hora de perfilar una teología trinitaria. Para ello, se inspira en intuiciones tomasinas, que subrayan que el amor trinitario, y no la inteligencia, es el fundamento de toda realidad divina y humana. Para Tomás, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son amor en su plenitud, y ese amor se manifiesta como procesión, relación y misión, extendiéndose al hombre y al mundo. La comprensión de Dios no se alcanza sólo por el entendimiento, sino por una experiencia orante y vivencial del amor. La Trinidad, que es comunión perfecta, se refleja en las relaciones humanas, especialmente en la misericordia, forma más alta de la caridad. Así, vivir trinitariamente

implica amar, servir y transformar el mundo, permaneciendo en el amor del Padre, por el Hijo y en el Espíritu Santo.

Palabras clave: Amor, Entendimiento, Misericordia, Tomás de Aquino, Trinidad.

Abstract: The present article argues for the primacy of love in shaping a Trinitarian theology. To this end, it draws inspiration from Thomistic insights, which emphasize that Trinitarian love, and not intelligence, is the foundation of all divine and human reality. For Thomas, the Father, the Son, and the Holy Spirit are love in its fullness, and that love manifests itself as procession, relationship, and mission, extending to man and the world. The understanding of God is not achieved only through understanding, but through a prayerful and experiential experience of love. The Trinity, which is perfect communion, is reflected in human relationships, especially in mercy, the highest form of charity. Thus, living trinitarily implies loving, serving, and transforming the world, remaining in the Love of the Father, through the Son, and in the Holy Spirit.

Keywords: Love, Mercy, Thomas Aquinas, Trinity, Understanding.

1. Asombros básicos

Resulta satisfactorio que el cristiano empiece a conocer y amar a la Trinidad con la señal de la cruz: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Así se ha transmitido desde antiguo, si bien, a causa de la *rutina* y del proceso de secularización que está afectando a las sociedades modernas y contemporáneas, quizá resulte actualmente acuciante proponerlo de nuevo en las familias, las parroquias y especialmente la catequesis¹. Todo acto

¹ Ratzinger trata la confesión trinitaria en el Credo como un acto existencial más que como un acto intelectual. A este respecto, véase: J. Ratzinger, *Introduction to Christianity*, Ignatius Press, San Francisco, 2004, pp. 128-129.

de amor, y la señal de la cruz lo es en alto grado, tiene siempre su recompensa, aunque no se contemple su eficacia enseguida². Nunca cae en saco roto. Aunque parezca inútil, siempre contiene fruto, porque está abierto al Espíritu, descansa en la salvación del Hijo y lleva a la misericordia del Padre.

1.1. *La Trinidad se revela a sí misma*

La Trinidad misma nos ha revelado *quién es* con la inmensidad de su amor. Sólo por esa *revelación* conocemos la existencia del Dios Uno y Trino³. Tomás encuentra toda verdad revelada, que conduce al amor, en el texto sagrado del que era buen conocedor e «insaciable saboreador». Ahora bien, él mismo entiende que el teólogo ha de ponerse ante ella reconociéndola como una manifestación de la *verdad increada*, es decir, ansiando penetrar en el conocimiento amoroso del Verbo de Dios. Este mismo deseo de compenetración unitiva con la Trinidad lleva a Tomás a la exégesis con el objeto de recoger la doctrina contenida en la Escritura, sistematizarla y espiritualizar su significado profundo, para que logre alcanzar el mayor provecho⁴.

Si desde un principio, antes de hablar de Dios en general, hubiéramos sido enseñados y enseñáramos a otros a proclamar la

² «Es imposible que por la razón natural se llegue al conocimiento de la Trinidad de las personas divinas» (T. de Aquino, *Suma teológica*, I, q. 32, a. 1, sol.).

³ «El hombre no puede conocer qué son las personas divinas, sino sólo qué no son» (T. de Aquino, *Suma teológica*, I, q. 32, a. 1).

⁴ Sobre el método exegético del Aquinato y su dependencia de la revelación, consultese: G. Emery, *The Trinitarian Theology of St. Thomas Aquinas*, Oxford University Press, Oxford, 2007, pp. 15-17; P. Roszak, «Exégesis y metafísica. En torno a la hermenéutica bíblica de Tomás de Aquino», *Salmanticensis*, n.º 61 (2014), pp. 301-323; «Biblical Exegesis and Theology in Thomas Aquinas», *Studium. Filosofía y teología*, n.º 48 (2021), pp. 13-25.

Trinidad como Padre, Hijo y Espíritu Santo con el significado que tiene, entonces resultaría más asequible confesar, sentir y pensar el misterio trinitario, para luego poder formularlo, celebrarlo, testimoniarlo; en definitiva, *vivirlo* y ayudar a otros a hacer lo mismo⁵. Como no ha sido así, estamos llamados a recuperar la unidad de las tres Divinas Personas, ya que durante siglos ha existido en un *aislacionismo espléndido*⁶.

1.2. *Escuchar, rezar y alabar*

De la Trinidad conocemos muy poco; pero lo primero no es racionalizar, transmitir conceptos, sino *prestar silencio y escuchar, rezar y alabar*. Escuchar lo que la misma Trinidad quiera transmitir en las Sagradas Escrituras ya demuestra una primera forma de amor⁷. Ponerse en oración con las tres Divinas Personas y no dejar de adorarlas concuerda con responder a una necesidad vital. Este *encuentro*, contenido en los cuatro verbos, no se hace primariamente a través del entendimiento, sino de la experiencia del *corazón sintiente*. Ambos, entendimiento y corazón, resultan necesarios⁸. En este sentido, santo Tomás fue muy osado, pues, para mantener viva la relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu

⁵ Torrell describe cómo la vida espiritual sostiene la especulación teológica en: J.-P. Torrell, *Saint Thomas Aquinas: Theologian*, Catholic University of America Press, Washington, 2005, p. 203.

⁶ Cf. K. Rahner, «El Dios Trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación», en *Mysterium salutis*, II, dir. por J. Feiner y M. Löhrer, Cristiandad, Madrid, 1977, pp. 271-274.

⁷ De Lubac señala esta iniciativa divina de revelarse como amor. Para esta cuestión, véase: H. de Lubac, *The Mystery of the Supernatural*, Crossroad, New York, 1998, pp. 78-80.

⁸ «Adorar a Dios con la inteligencia y el corazón» (J. Ratzinger, *Introduction to Christianity*, pp. 130-132).

Santo, no empezó por los conceptos, sino que abrió la mente a una vivencia que conduce al sentido de la existencia y puede llegar a la verdadera felicidad, tal como se desprende del subrayado, basado en Agustín, de que «al conocimiento se llega por la fe, pero no al revés»⁹.

Cuando Tomás de Aquino empezó a especular sobre la Trinidad, ya había recorrido un camino muy largo, al haber conocido a las tres Divinas Personas a través de la oración personal, la práctica de los sacramentos y el darse al prójimo, algo que no puede faltar en los auténticos creyentes¹⁰. Poco a poco tuvo conciencia de que el Amor con mayúscula constituye la esencia misma del único Dios Trinitario. El Padre es Amor, el Hijo es Amor y el Espíritu Santo es Amor¹¹. Sólo Amor, nada más que Amor en plenitud. Amor significa el centro mismo del cristianismo, es decir el Misterio de la Encarnación: el Hijo del Padre, su Palabra, asumió la condición humana y así nos acompaña para siempre.

1.3. *Amor como procesión, relación y misión*

Este gozoso principio fundante lo conoció Tomás desde muy pronto, porque lo vivía en su interior. Mas esta experiencia, cada vez más íntima, con el paso del tiempo se fue racionalizando en el contacto con las personas concretas y en la percepción de la realidad del mundo en un largo proceso de interconexión.

⁹ T. de Aquino, *Suma teológica*, I, q. 32, a. 1, ad 2.

¹⁰ Sobre esta relación entre la vida de oración y la compresión del Amor divino, consultese: J.-P. Torrell, *Saint Thomas Aquinas: Spiritual Master*, Catholic University of America Press, Washington, 2005, pp. 115-116.

¹¹ Agustín lo expresa del siguiente modo: «Padre amoroso, Hijo amado, Espíritu Santo amor» (A. de Hipona, *De Trinitate*, IX, 10, CCSL 50, p. 305).

Su punto de partida no es distinto del establecido por su contemporáneo Buenaventura, aunque con frecuencia se hayan *contrapuesto* las enseñanzas de los grandes escolásticos, en la medida que se ha incidido más en la literalidad de las palabras que en la realidad de los procesos interiores. Tanto para uno como para otro, en el inicio del conocimiento está el amor¹². El amor precede al conocimiento verdadero, lo carga de contenido¹³.

Es verdad lo que afirma en la *Summa Theologiae*: que «el Hijo procede como *Palabra del entendimiento* y el Espíritu Santo como *Amor de la voluntad*¹⁴. Así también en las criaturas racionales, con entendimiento y voluntad, se encuentra la representación de la Trinidad a modo de imagen, en cuanto que se encuentra en ellas la palabra concebida y el amor¹⁵. Pero la Palabra del Padre encuentra su origen y fundamento en el Amor, sin el que no hubiera proferido la Palabra.

Cuando se convirtió en profesor, sobre todo en París, empezó a llenar de contenido conceptos que, en el fondo, siempre llevaban

¹² «El principio del conocimiento es el amor» (Buenaventura, «Breviloquium», en *Opera Omnia*, vol. V. Typ. Colegii a S. Bonaventura, QuaracchiFlorentiae, 1891, p. 243). Por su parte, refiriéndose a las misiones del Hijo y del Espíritu, Tomás asume el pensamiento agustiniano de un conocimiento amoroso o de un entendimiento que se transforma en amor, que es lo que él entiende por sabiduría (cf. T. de Aquino, *Suma teológica*, I, q. 34, a. 5, ad 2). En otra ocasión, explicando las procesiones divinas, se refiere a la palabra del entendimiento como «palabra del corazón» (cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 27, a. 1, sol.).

¹³ Sobre el dinamismo entre el amor y el conocimiento, véase: B. Lonergan, *Insight*, Longmans, London, 1957, pp. 726-728.

¹⁴ «Filius procedit ut Verbum intellectus; Spiritus Sanctus ut Amor voluntatis» (T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 45, a. 7, sol.). Asimismo, explicitando las procesiones divinas, sostiene que son dos: la procesión de la palabra, que es tomada en cuanto acción del entendimiento, y la procesión de amor, en cuanto acción de voluntad (cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 28, a. 4, sol.).

¹⁵ Cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 93, a. 4, sol.

al *Amor*, a saber: *procesión, relación y misión*¹⁶, intentando explicar no sólo la existencia trinitaria, sino también la existencia de toda la realidad exterior, porque «toda procesión significa acción», tanto *ad extra* como *ad intra*¹⁷. Lo existente encuentra su origen en la Trinidad y de muy diversas maneras la descubre¹⁸.

Su ingenio racional, indagando en las profundidades del Amor divino y la verdad de su Unidad, permitió desarrollar en sus raciocinios una aguda *intuición exegética*, sabiendo deducir de la letra de la Escritura toda su virtualidad teológica. Recorrió un camino que se desliza desde la superficie de la letra hasta su significado profundo, que busca penetrar en el Amor.

1.3.1. *La Procesión en la Trinidad, el Hombre y el Mundo*

Existe una *Realidad Originaria*: el Padre, principio de todo. Nada existiría sin su Amor, todo tiene asiento en su salida y acogida. De esa realidad originaria procede el Hijo, que posee todo lo del Padre con excepción de la *Paternidad*. Y todo el Amor del Hijo vuelve a revertir en el Padre menos la *Filiación*. Y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo, como plasmación misma del Amor del Padre y del Hijo.

Del Padre, del Hijo y del Espíritu procede la humanidad entera, de modo que los hombres de ayer, de hoy y de mañana *no llegarían a existir* sin su amor, queriendo además que se realicen en el amor. Nada hay más real en la creación que el Amor que

¹⁶ Cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 27; q. 28; q. 43.

¹⁷ Cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 27, a. 1, sol. G. Emery, *The Trinitarian Theology of St. Thomas Aquinas*, pp. 146-148.

¹⁸ Cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 44. El Aquinate emplea la palabra procesión tanto para referirse a las personas divinas como a las realidades creadas. Sobre la diferencia de ambas procesiones, véase: T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 27, a. 1, sol.

el Padre tiene a los hombres y que los hombres se tienen entre sí. He aquí la verdad primera y última de la condición y plenitud humanas¹⁹.

Del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, además del hombre, procede todo el resto de lo creado, producto de su Amor. Contemplar el mundo desde la Trinidad significa tanto como contemplar la *belleza*, lo que puede transformar las sociedades en que vivimos y hacerlas más habitables, más humanas, más perfectas. La procesión nombra lo diferente en las realidades existentes y les confiere identidad, sentido y contenido. En la realidad del mundo existe una entidad verdadera y bella, que sólo se percibe cuando el amor está presente. Es lo que la teología actual explicita al expresar que la creación deriva del amor o de la plenitud que es el Dios comunión de personas²⁰.

1.3.2. *La Relación en la Trinidad, el Hombre y el Mundo*

La Trinidad encuentra su mejor y más completa explicación en la *relacionalidad* existente entre la Trinidad, el Hombre y el Mundo²¹. Las relaciones mutuas del Padre con el Hijo y el Espíritu

¹⁹ Para la comprensión del amor al prójimo como consecuencia del amor divino, y la comprensión de aquél por amor de Dios, consúltese: T. de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q. 4, a. 8, ad 3; q. 99, a. 2, ad 2; q. 100, a. 6, ad 1.

²⁰ Cf. GS 2; 19; S. del Cura Elena, «Creación ‘ex nihilo’ como creación ‘ex amore’: su arraigo y consistencia en el misterio trinitario de Dios», *Estudios Trinitarios*, vol. 39 (2004), pp. 55-130; A. Torres Queiruga, «Creación por amor: creer en Dios en la cultura actual», en *Alguien así es el Dios en el que yo creo*, Trotta, Madrid, 2013, pp. 39-65; E. Gómez García, «Recosmificar la teología: un reto *in fieri*», *Carthaginensis*, n.º 79 (2025), pp. 470-472.

²¹ Esta cuestión también la señala Agustín en *De Trinitate*, V, 1, CCSL 50, p. 206. Cf. L. M.ª Armendáriz, *Hombre y mundo a la luz del Creador*, Cristiandad, Madrid, 2001, pp. 13-15; O. González de Cardedal, *Historia, hombres, Dios*, Cristiandad, Madrid, 2005, p. 511.

Santo fundan las relaciones de las tres Divinas Personas con las personas humanas y de estas con sus semejantes, generando de forma misteriosa las relaciones con la creación. Para Tomás, el Mundo, en su primer y decisivo momento, es la Creación. Personas humanas y Creación se verifican en la Historia, llamadas todas ellas a seguir las sendas del amor. La relación comunica la grandeza y belleza del Amor.

El Padre se relaciona con el Hijo dándole todo su Amor. Lo mismo el Hijo con el Padre y el Padre con el Espíritu Santo en reciprocidad conjunta. Lo mismo hacen el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo con nosotros²². No podemos sentir y pensar mejor la Trinidad que entregándonos permanentemente a su Amor, que será tanto mayor cuanto más lo acojamos.

La finalidad última de la persona humana es *darse* en interrelación creciente²³. Nadie se realiza más como persona que cuando se entrega a los demás²⁴. Esa entrega la concretó de mil maneras Jesucristo, la testimonió con sus palabras y obras, tal como aparece en los evangelios y tal como la reseña la teología actual bajo la categoría de pro-existencia²⁵.

Aunque no tengamos capacidad para percibirlo debidamente, llegamos a sentir lo más hondo de la realidad del mundo cuando

²² Cf. I. D. Zizioulas, *Being as Communion*, St Vladimir's Seminary Press, Crestwood, 1985, pp. 40-42.

²³ Cf. R. Sokolowski, *The God of Faith and Reason*, Catholic University of America Press, Washington, 1995, pp. 27-29.

²⁴ El Aquinate define el concepto de persona como «relación subsistente», «relación substancial» (T. de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 29, a. 4, sol.). En este contexto, algunos autores se preguntan si, desde este concepto, se puede concebir al ser humano vinculado con la relación (cf. J. M. Cabiedas, *Antropología de la vocación de la vocación cristiana*, Sígueme, Salamanca, 2019, p. 49).

²⁵ Cf. J. M. Torres Serrano, «La pro-existencia: un modo de ser y de hablar de Dios en el contexto latinoamericano», *Revista Iberoamericana de Teología*, n.º 10 (2010), pp. 25-48.

todo él lo contemplamos envuelto en un amor que transparenta toda esa realidad unificada por los lazos de un amor que no se disuelve en la nada, sino que se expande por doquier en formas bellísimas. Detrás de las catástrofes que desfiguran el mundo está el pecado humano de una manera bien misteriosa, pero real, que llegaremos en su día a comprender²⁶.

1.3.3. *La misión en la Trinidad, en el Hombre y en el Mundo*

La misión tiene que ver no tanto con el Ser cuanto con el Hacer. No somos tan sólo lo que hacemos, ya que toda actividad no deja de estar sustentada. El amor trinitario no es teórico, sino práctico. Realiza lo que indica y consuma lo que es. Cuando lo vivimos, llega a la concreción y llegamos a extasiarnos en su esplendor. Lo mismo podemos considerar de la misión humana y cósmica, pero no dejando de afirmar con contundencia que los hombres somos más que lo que hacemos, siendo mejores que aquello que hacemos, porque así lo ha querido el designio divino y aparece plasmado en nuestro *estar en el mundo*.

De estas tres exposiciones se deduce una consideración importante: aunque la Trinidad, el Hombre y el Mundo son distintos, de modo que ninguna realidad es igual a otra, las tres están íntimamente implicadas mediante el Ser y el Obrar, que encuentran su *origen* en el Padre. Nada más grande que pensarlo e imitarlo. Todo el misterio trinitario, imposible de comprender, se consuma en el amor, que colma la grandeza humana. No es mucho lo que necesitamos conocer, pero sí lo que podemos

²⁶ Véase aquí la comprensión de la historia por parte de Agustín como «el admirable cántico de las cosas que pasan» (*ep. 166,5,13; 138,1,5; in. Dei 11,18*; A. Uña Juárez, «San Agustín: belleza, música e historia. Un admirable cántico», *Agostinus*, nn.^o 168-169 (1998), pp. 107-128).

amar, *imitando a la Trinidad*, haciendo más felices a los hombres y estableciendo el auténtico orden con el mundo²⁷.

Lo expresado aquí no son palabras vacías sin más o conceptos irreales, sino un *reto* que los humanos tenemos ante nosotros mismos, los demás y la creación. Lo que importa es hacerse más personas en nuestra configuración con la Trinidad, con los otros hombres y con el mundo. Desde la Encarnación del Hijo, nada es extraño al hombre, porque todo está sostenido por el Amor del Dios Uno y Trino. Nada más apasionante que rastrear ese amor en las criaturas mediante su peregrinaje por la vida. El *Tratado sobre la Trinidad* de Tomás nos ayuda a ir paso a paso, adentrándonos en ese misterio que siempre concluye en el Amor y los amores.

2. Amor y Verdad

Dos conceptos supremos en la teología y espiritualidad de Tomás sobre la Trinidad son Amor y Verdad con mayúsculas y minúsculas. El amor lleva a la verdad y la verdad al amor, pero la *primacía* está siempre en el amor, algo que coincide con lo más hondo del sentimiento y pensamiento de Tomás, cuando intentamos llegar hasta lo más profundo de sus reflexiones²⁸. En esta reflexión sustento un punto central de la nueva visión que intento ofrecer aquí.

²⁷ Sobre el amor como consecuencia de la dilación perfecta de Dios, véase: T. de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q. 4, a. 8, ad 3.

²⁸ Para un estudio más amplio sobre la verdad del amor divino en la teología del Aquinate, véase: G. Emery, *The Trinitarian Theology of St. Thomas Aquinas*, pp. 256-258. Encontramos también en el pensamiento de Henri de Lubac la defensa del amor como principio de la verdad teologal. A este respecto, consultese: H. de Lubac, *The Mystery of the Supernatural*, pp. 212-213.

2.1. ¿*La primacía de la verdad?*

Del Aquinate es esta exclamación: «Porque el único entendimiento eterno es el divino, sólo en él la Verdad es eterna, [...] pues la verdad del entendimiento divino es el mismo Dios»²⁹. En consonancia con este arrebato místico, muchos teólogos actuales recalcan la verdad en sus enseñanzas. Este es el caso de Gabino Uriábarri, que ha pertenecido a la *Pontificia Comisión Teológica Internacional*.

De la figura de Tomás de Aquino como teólogo, me resultan muy inspiradoras varias de sus características. En primer lugar, la búsqueda permanente de la verdad, al servicio de la cual puso toda su existencia, sabiendo que esta verdad última era Dios y que toda verdad nos hace participar de algún modo del conocimiento de Dios. Por eso, indaga bajo el punto de vista teológico (*«sub ratione Dei»*) todo tipo de cuestiones: del comportamiento humano, las virtudes, el modo de conocer, etc. De hecho, en su obra se da una evolución en algunos temas, típica de alguien que ha seguido buscando la verdad de modo incesante³⁰.

En la semblanza que hace de su itinerario vital, es bien sintomático que presente *su modo inspirador de hacer teología* con este título: «Adorar a Dios con la inteligencia». Y en el transcurso de su exposición añade esta especie de resumen:

En todos (sus libros) destaca su maestría, su precisión, su amor a la verdad, sus amplísimos conocimientos, su claridad, su unión [y] el misterio de Dios es, en última instancia, inabarcable

²⁹ T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 16, a. 7, sol.

³⁰ G. Uriábarri Bilbao, «Santo Tomás de Aquino. Adorar a Dios con la inteligencia», *Magnificat*, n.º 170 (2018), p. 14.

también para aquellos dotados de una inteligencia excepcional, como Tomás³¹.

Ciertamente, lo que dice el autor podemos mantenerlo; pero es un tanto *unilateral*. Lo más decisivo, al menos en su teología trinitaria, es *el Amor*. Adorar es obra de la inteligencia, pero sobre todo fruto del amor: el Amor que las Tres Personas nos dispensan y el amor que tributamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Es bien sintomático que Uríbarri no mencione el amor divino en su semblanza.

2.2. *Contemplar la Trinidad es encontrarse con el Amor*

Quien contempla de verdad la Trinidad necesariamente descubre el Amor en su estado más puro. Dicho de otro modo: encontrarse con la Trinidad significa encontrarse con la verdad, la belleza y la felicidad del Amor. Tomás conoció muy bien a Agustín, a quien cita con frecuencia, aunque no asumió en su *Tratado sobre la Trinidad* la famosa frase del obispo de Hipona: «Ves la Trinidad si ves el amor»³². De acuerdo con su magisterio, el Padre es el Amante, el Hijo el Amado y el Espíritu Santo el Amor, que mantiene unidas a las dos primeras Personas³³, algo que asume Tomás³⁴.

³¹ G. Uríbarri Bilbao, «Santo Tomás de Aquino. Adorar a Dios con la inteligencia», p. 15 y 16, respectivamente.

³² A. de Hipona, *De Trinitate*, VIII, 8, 12.

³³ Cf. A. de Hipona, *De Trinitate*, IX, 10, CCSL 50, p. 305.

³⁴ Es de subrayar la argumentación del Aquinato cuando reflexiona sobre la persona del Espíritu, de clara impronta agustiniana: «Como el amor del que ama permanece en el amado» (T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 36, a. 6, ad 4). Asimismo, véase la descripción del Espíritu como amor en: T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 37.

Tomás profesó un *profundo amor* a las Sagradas Escrituras, hasta el punto de comentar casi todos los libros del Segundo Testamento. Ante todo, sobre todo y por encima de todo, la «Trinidad es Amor», confirmando a 1Jn 4,8.16. Tomás cita con frecuencia la frase «Dios es Amor»³⁵ y algunas otras frases, que consideramos en este pasaje bien clarificador:

Esta ley, la del amor divino, realiza en el hombre cuatro cosas muy deseables. En primer lugar, es causa en él de la vida espiritual; es claro que ya en el orden natural el que ama está en el amado, y del mismo modo, también el que ama a Dios lo tiene al mismo dentro de sí: *Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él* (1Jn 4,16). Es propio también naturalmente en el amor que, el que ama, se transforme en el amado; así, si amamos a Dios nos hacemos divinos: *El que se une al Señor es un espíritu con él* (1Co 6,15) Y como afirma san Agustín: “Como el alma es la vida del cuerpo, así Dios es la vida del alma”. Paralelamente el alma obrará virtuosa y perfectamente sólo cuando actúe por la caridad, mediante la cual Dios habita en ella; en cambio, sin caridad, no podrá actuar: *El que no ama permanece en la muerte* (1Jn 3,14). Si alguien tuviera todos los dones del Espíritu Santo, pero sin la caridad, no tiene la vida. Sea el don de lenguas, sea la gracia de la fe, o cualquier otro, como el don de profecía, si no hay caridad, no dan la vida (1Co 3). Aunque al cuerpo muerto se lo revista de oro y piedras preciosas, no obstante siempre estará muerto. En segundo lugar, es causa del cumplimiento de los mandamientos divinos. Dice san Gregorio que la caridad no es ociosa: si se da, actuará cosas grandes; pero si no se actúa es que no hay allí caridad. Comprobamos cómo el que ama es capaz de hacer cosas grandes y difíciles por el amado, por ello dice el

³⁵ Cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 20, a. 2, sed c.

señor: *El que me ama guardará mi palabra* (Jn 4,23) El que guarda el mandamiento y ley del amor divino, cumple toda la ley.

Lo que hace la caridad en tercer lugar es ser una defensa en la adversidad. Al que posee la caridad ninguna cosa adversa lo dañará, es más, se convertirá en utilidad: *A los que aman a Dios todo les sirve para el bien* (Rm 8, 28); aún más, incluso al que ama le parecen suaves las cosas adversas y difíciles, como entre nosotros mismos vemos tan manifiestamente. En cuarto lugar la caridad lleva a la felicidad; únicamente a los que tienen caridad se les promete efectivamente la bienaventuranza. Todas las demás cosas, si no van acompañadas de la caridad, son insuficientes. Además es de saber que la diferencia de bienaventuranza se deberá únicamente a la diferencia de caridad y no en comparación con otras virtudes³⁶.

De este admirable pasaje podemos deducir que nuestro maestro concede la máxima trascendencia al Amor: al preexistente y operante en las tres Divinas Personas, y al amor participado por los hombres, del que el texto habla³⁷. Sostengo que se *desfigura* la grandeza de la mística de nuestro autor cuando se habla de su enseñanza prioritaria empezando por la «inteligencia» o el «entendimiento» y se olvida su *pasión por el amor*, que precede a la inteligencia tanto como punto de partida como meta de llegada³⁸.

³⁶ J. P. Torrel, «Les “collationes in decem preceptis” de saint Thomas d’Aquin: édition critique avec introduction et notes», *Revue des Sciences philosophiques et théologiques*, vol. 69, n.º 1 (1985), pp. 26-29.

³⁷ Sobre el carácter operativo del amor trinitario, véase: T. J. White, *The Trinity: An Introduction*, Catholic University of America Press, Washington, 2022, pp. 92-93.

³⁸ Esta conexión entre verdad y caridad se encuentra también en: L. Bouyer, *The Spirit and Forms of Protestantism*, Collins, London, 1956, pp. 155-157.

3. Amor y relación personal

Si tuviéramos que encuadrar situacionalmente el amor, podríamos considerarlo como una relación, que en la Trinidad es *esencial no accidental*, tal como denota que hable de «relaciones subsistentes», al amparo de Agustín³⁹. En las Personas Divinas se verifican *cuatro relaciones reales*: la paternidad, la filiación, la inspiración activa (la del Padre y el Hijo al Espíritu Santo) y la inspiración pasiva (la del Espíritu Santo al Padre y al Hijo)⁴⁰. El *Amor Absoluto* ofrece diversas perspectivas, que en la Trinidad coincide como el *Amor Uno y Único*.

Sin olvidar la procesión y la misión trinitarias, quizá se requiere actualmente destacar la importancia de la relación. La Trinidad nos desvela que, sin aquella, no pueden darse las personas como tales: «Persona en lo divino significa, al mismo tiempo, esencia y relación. [...] La distinción de las personas divinas no tiene otro fundamento que las relaciones de origen. Y la relación no es como la del accidente inherente al sujeto, sino que es la misma esencia divina»⁴¹. Los seres humanos, con su nombre y apellido, con su rostro definido y con su actuar concreto en la existencia de cada día, siempre se encuentran en relación personal. Sin relación, la persona dejaría de ser tal y, cuanto más amorosa

³⁹ Cf. A. de Hipona, *De Trinitate*, V, 5, 6; *Enarrationes in Psalmos* 68, 1, 5. El Aquinate también afirma que «toda relación que hay en Dios es realmente idéntica a la esencia divina» (T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 28, a. 4, ob. 1). Para la teología actual, véase: Ch. Duquoc, *Dios diferente*, Sigueme, Salamanca, 1982, pp. 96-97; W. Pannenberg, *Teología Sistemática*, vol. I, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1996, pp. 347-362; D. Edwards, *El Dios de la evolución. Una teología trinitaria*, Sal Terrae, Maliaño, 2006, 34-38; J. M. Cabiedas, *Antropología de la vocación cristiana*, pp. 155ss.

⁴⁰ Cf. J. M.^a Rovira Beloso, «Relaciones subsistentes», en *Diccionario teológico El Dios cristiano*, dir. por X. Pikaza y N. Silanes, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1992, pp. 1227-1237.

⁴¹ T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 29, a. 4, sol.

sea su relación con los demás, mayores cotas de amor, verdad y belleza alcanzará⁴².

3.1. *Paternidad, filiación y espiración*

Contemplado desde el Padre, el Amor es *paternidad y espiración activa*. Considerado desde el Hijo, es *filiación y espiración activa*. Visto desde el Espíritu, es espiración pasiva. El Padre vuelca todo su Amor en el Hijo y también en el Espíritu Santo mediante la espiración activa. El Hijo devuelve todo su Amor. Por el acto de la espiración activa, el Padre y el Hijo, como un solo principio, dan origen al Espíritu Santo. En virtud de la espiración pasiva, el Espíritu Santo procede de uno y otro por una acción común y como término del Amor mutuo de las personas divinas.

La espiración aquí ha de entenderse como «transmitir la vida del amor» en su máxima y eterna plenitud. Las relaciones trinitarias, también en el sentido de sus «expiraciones» –es decir, exhalaciones vitales (cf. Gén 2, 7; Jn 19, 30)–, son Amor y nada más que Amor, que sale de dentro hacia fuera y se refleja desde fuera hacia adentro. Acogerlo, aceptarlo, alabar lo lleva a la adoración de percibir que ese Amor *lo recibimos sin merecerlo* y, entrañados en la Trinidad, *lo damos sin pretenderlo*.

Aunque el pensamiento de Tomás pueda parecer demasiado teórico cuando se lee por primera vez, tiene consecuencias prácticas en la existencia humana, ya que *realizarse en el amor*, la *máxima cima* a la que el hombre aspira, significa tanto como encontrar entre las personas la relación, ya que el amor se

⁴² Como expresa Zizioulas, la «persona nunca puede concebirse a sí misma, sino solo a través de sus relaciones» (I. D. Zizioulas, *El ser eclesial: persona, comunión, Iglesia*, Sígueme, Salamanca, 2003, p. 117).

autentifica en ella⁴³. Efectivamente no puede darse amor sin relación como apertura al Otro y a los otros, plenificándose mutuamente tanto en lo divino como en lo humano. Entendida en este sentido, la praxis amorosa va constituyendo a las personas humanas como tales en la medida que salen al *encuentro mutuo* en un diálogo de acogida y entrega⁴⁴.

Bajando al terreno de lo práctico, interesa conocer cómo es el amor humano, necesariamente arraigado en las tres Divinas Personas. Es: filiación y fraternidad; misericordia, compasión y empatía; equidad y solidaridad; generosidad y servicio; clemencia y perdón; justicia y paz, aunque nos hemos quedado a medio camino. En una reflexión reducida, no podemos describir pormenorizadamente cada una de estas formas de amor, que encuentran su plenitud en la misericordia. Pero conviene establecer algunos principios indispensables.

3.2. *Principios indispensables*

Primero, cuanto más practicamos estas formas de amor más nos constituimos en personas no sólo en el sentido de Boecio y los Victorinos, de los que depende directamente la teología de Tomás, sino tal como más tarde desarrolló el concepto Hegel con sus seguidores y del que luego partió la llamada «filosofía personalista» de orientación cristiana. La persona se desarrolla con tanta mayor *calidad humana* cuanto más fielmente garantiza y desarrolla la tendencia innata a abrirse a los demás y darse a los otros en recta correspondencia. En la medida que su yo va

⁴³ Para el amor como fuerza unitivo-relacional e impulso de donación del bien al amado, véase: T. de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q. 28, aa. 1, 2 y 4.

⁴⁴ Cf. A. Gesché, *El sentido*, Sígueme, Salamanca, 2016, pp. 49-80; I. D. Zizioulas, *Comunión y alteridad*, Sígueme, Salamanca, 2009, pp. 13-128.

liberándose de excrecencias, en la entrega sincera va madurando y creciendo su personalidad. Nada más grande para las personas humanas que *asemejarse* a las divinas con la asunción de la gracia.

Segundo, no hay Padre sin la relación amorosa con el Hijo y viceversa. Tampoco hay Espíritu sin la espiración a ambos en mutua correspondencia. Todo el Amor del Padre revierte en el Hijo y todo el Amor del Hijo vuelve al Padre, espirado por ambos en el Espíritu Santo, que significa el Amor en estado puro. La persona humana será tanto más persona cuanto más se entregue a la Trinidad, a los demás y al cuidado del mundo⁴⁵. Siguiendo esta triple disposición, la praxis del amor engrandece de tal manera la *dignidad* de las personas que es la tarjeta de presentación de la propia identidad, en la que caben la honradez, la respetabilidad, la nobleza, la honestidad, la integridad, la probidad, la decencia, el decoro, el pundonor...

Tercero, la persona auténtica, que ha tomado como modelo la Trinidad y se realiza en su órbita, se convierte de este modo en honrado, respetable, noble, honesto, íntegro, cumplidor, decente, decoroso; en definitiva, *digno de honor*. Quien busca conocer la verdad del Amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo no puede sino sentirse atraído por tal fulgurante imán. En ellos no halla nada malo, todo alcanza la bondad plena. De esta manera, la persona en cuestión va purificando paulatinamente sus debilidades y asentándose en lo que merece la pena vivir. Las personas que siguen las pautas de las tres Divinas Personas no tendrán en su vida nada más que felicidad experimentada y comunicada. Lo definitivo del amor siempre es un *regalo*, consistente en acoger y darse, en darse y acoger en permanente reciprocidad.

⁴⁵ Sobre la unión afectiva como núcleo de la construcción social siguiendo a santo Tomás, véase: R. Sacristán López, «La definición tomista del amor como unión afectiva», *Revista española de teología*, n.º 75 (2017), pp. 330-332.

Cuarto, siguiendo las consideraciones anteriores, nada más cercano al amor que la verdad inherente en las personas, que se expresa de muy diversas maneras. Percibir honradamente cada uno de sus matices en lo concreto de la existencia diaria lleva la autenticidad a sus expresiones más altas. Aunque la verdad descubre ideales que en la práctica concreta de cada día no se cumplen en su plenitud, ella nos ayuda a tender hacia fidelidades mayores, siempre asistidos por la grandeza de la espiración del Espíritu, que nos lleva al reconocimiento propio de la veneración y glorificación. En este sentido, el Aquinate establece esta tríada de actuaciones: amar, pensar y adorar, que están en consonancia con lo anterior.

3.3. *La transversalidad cristológica de la humildad en Tomás*

De todas las realidades formuladas aquí habla Tomás no sólo en el *Tratado sobre la Trinidad*, sino también cuando se explaya en la consideración de las *virtudes teologales*: la fe, la esperanza y la caridad; así como de las *cardinales*: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. El resumen del conjunto está en la *humildad*⁴⁶, que, según nuestro autor, consiste en contemplar lo que somos cada uno, sin merecerlo, a la luz de Cristo.

No somos personas superiores, llenas de orgullo, lo más contrario a la humildad, que andan buscando su propio interés y lo único que desean es sobresalir por encima de los demás⁴⁷.

⁴⁶ Sobre la relevancia de la humildad como la virtud más excelente, después de las teologales, las intelectuales y la justicia, consúltese: T. de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 161, a. 5.

⁴⁷ Al pecado de soberbia, Tomás dedica la *Suma Teológica*, II-II, q. 162. La humildad, por su parte, adquiere principalidad dentro de las virtudes «en cuanto que elimina la soberbia, a la cual resiste Dios, y hace al hombre obediente y siempre sumiso

Al contrario, nuestra finalidad consiste en desvírnos por los otros, llegando así al amor y a la verdad, que nos sitúan en íntima comunión con las tres Divinas Personas. El modelo permanente de todas las virtudes, también de la humildad, es Cristo, el Hijo humanado⁴⁸. El himno de Filipenses nos sitúa en la verdadera dirección y disposición:

Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, | no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo | tomando la condición de esclavo, | hecho semejante a los hombres. | Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, | hecho obediente hasta la muerte, | y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo | y le concedió el NOMBRE-sobre-todo-NOMBRE; de modo que al nombre de Jesús | toda rodilla se doble | en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: | Jesucristo es Señor, | para gloria de Dios Padre (Flp 2, 5-11).

Tomás cita muchas veces este himno en sus obras, también en su *Tratado sobre la Trinidad*⁴⁹, y saca consecuencias que nos ayudan a conocer en profundidad cómo actúa el Hijo humanado, de modo que, si vivió así sólo porque quiso, con mayor razón

para recibir el influjo de la gracia divina, eliminando la hinchazón de la soberbia» (T. de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 161, a. 5, ad 2). No debe olvidarse que Tomás vincula la humildad con la modestia y la templanza (cf. T. de Aquino, *Suma de teología*, II-II, q. 161, a. 4, sed c.).

⁴⁸ Tomás alude a pensamientos agustinianos y de san Gregorio Magno a la hora de abordar si la humildad es la principal de las virtudes, en los que se presenta a Cristo como modelo de humildad debido a su encarnación (cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 161, a. 5, ob. 4), así como alude a que es una virtud que Cristo recomienda (cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 161, a. 5, ad 4).

⁴⁹ Cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 31, a. 3, ad 2; q. 42, a. 4, sed c.

debiéramos vivir de manera semejante sus criaturas. La siguiente consideración del Aquinate sobre el Jesús humilde puede iluminarnos:

Aunque la virtud de la humildad no convenga a Cristo según su naturaleza divina, le pertenece, sin embargo, según su naturaleza humana, haciéndose dicha humildad más laudable por su divinidad; pues la dignidad de la persona engrandece la alabanza de la humildad. [...] Mas en el hombre no puede haber dignidad más alta que la de ser Dios. Por eso la humildad del Hombre Dios es la más grande humildad, pues soportó las bajezas que convenía padeciera para salvar a los hombres, porque los hombres, inducidos por la soberbia, eran amadores de la gloria mundana. Así, pues, para que la afición humana de amar la gloria mundana se trocara en amor de la gloria divina, quiso padecer la muerte, no una cualquiera, sino la más afrentosa, pues hay quienes no temiendo la muerte aborrecen una muerte vil⁵⁰.

El Hijo humanado testimonió que la grandeza humana consiste en el *vaciamiento propio en beneficio de los demás*. Lo decisivo de la humildad personal está en orientarse de manera incondicional hacia el Padre y hacia los demás, aceptando las insinuaciones del Espíritu⁵¹. Nos convertiremos en *hombres perfectos*, cuando tengamos la capacidad de abrirnos a la realidad entera y sepamos respetarla y acogerla como se merece. Lo que importa es orientar la persona hacia el servicio, llegando a entregarnos a los hermanos.

⁵⁰ T. de Aquino, *Contra Gentes*, IV, cap. 55.

⁵¹ Actualícese, en este sentido, el sometimiento al prójimo «en cuanto a lo que hay de Dios» en él (cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 161, a. 3, sol.).

4. Amor como misericordia

La misericordia –«La misericordia y la fidelidad se encuentran, | la justicia y la paz se besan» (Sal 85, 11)– sería, tanto en las tres Divinas Personas como en los seres humanos, la *forma definitiva de la caridad*⁵², su concreción más determinante ante la realidad humana dolorida, tan afectada de debilidad y propensa a la precariedad del mal. La Trinidad es caridad, ciertamente; pero, en relación con los hombres, «no como pasión», sobre todo es Misericordia con mayúscula: misericordia «en grado sumo», con la que tenemos que identificarnos⁵³.

4.1. *El amor que se estremece ante la miseria*

Etimológicamente la palabra «misericordia» está compuesta por dos vocablos: «miseria» y «corazón». Dado que con la palabra «corazón» indicamos la capacidad de amar, misericordia significa amor que se estremece ante la miseria humana⁵⁴ y «socorre sus deficiencias»⁵⁵. Es misericordioso aquel que tiene un corazón capaz de ser herido por la miseria ajena (moral o material); el que abre su corazón al otro y actúa para socorrerlo en la necesidad; el que, detrás de las heridas de la miseria, que desfigura, o de la decadencia moral, que aliena, es capaz de ver a la persona a la que amar y socorrer.

El modelo para vivirla no puede ser otro que la Trinidad misma, que, como sostiene Tomás en una atinada observación, «quiere

⁵² En cierta ocasión, Tomás sostiene que la misericordia es la mayor de las virtudes «en sí misma» (cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 30, a. 6, sol.).

⁵³ Cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 21, a. 3, sol.

⁵⁴ Cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 95, a. 3, sol.; II-II, q. 30, a. 2, sol.

⁵⁵ T. de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 30, a. 6, sol.

desterrar la miseria ajena como si fuera propia»⁵⁶. Dada su infinita bondad, nos recuerda que encontrar los lugares personales de la misericordia es la forma más concreta de encontrarse no sólo con el Hijo humanado, conforme a Mt 25, 34-46, sino también con el Padre y el Espíritu. La misericordia de Jesús durante su existencia terrena no constituyó una actitud ocasional y esporádica en su actuar, sino una *constante vital*, es más, parece ser el *fundamento fundante* de su corazón, en el que se encarnó la misericordia del Padre⁵⁷.

La misericordia convierte a las personas en más humanas, más sensibles al amor en todas sus manifestaciones, más capacitadas para dejarse afectar por los demás, más dispuestas a no desembarazarse del mal ajeno⁵⁸. La misericordia entraña una forma de mirar y actuar que tiene que ver con lo gratuito, desinteresado y fiel. Con un obrar que contempla a los semejantes en su desvalimiento y hace lo posible por sacarlos de su postración, porque merece la pena darse a los desamparados, sobre todo allí donde más precisan la ayuda. Al misericordioso, todo lo humano le interesa, sobre todo cuando su prójimo está herido de inhumanidad⁵⁹.

⁵⁶ T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 21, a. 3, sol.; cf. II-II, q. 30, a. 6, sol.

⁵⁷ Cf. E. Gómez García, «¿Qué misericordia? Claves de recuperación y de reinterpretación desde los pueblos crucificados», *Estudios Trinitarios*, vol. 50, n.º 3 (2016), p. 544.

⁵⁸ Sobre la misericordia como perfección de la justicia, véase: T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 21, a. 3, ad 2.

⁵⁹ Cf. E. Gómez García, «En la coyuntura teándrica de la historia: el ‘principio misericordia’ en el pensamiento de Jon Sobrino», en I. González Marcos (ed.), *Sed misericordiosos. Solo la misericordia puede cambiar el corazón*, CTSA, Madrid, 2016, pp. 205-229.

4.2. *El Hijo humanado como Buen Samaritano*

Los creyentes tenemos el *modelo perfecto* de misericordiosos en Jesús de Nazaret. No sólo tiene palabras bellísimas sobre la misericordia (parábola del buen samaritano); también la testimonio de forma ejemplar, ya que, en su trayectoria terrena, palabra y acción se complementan, llegan a *besarse* en la curación de las heridas. Tomás nos recuerda que podemos aprender mucho también de los profetas de la Primera Alianza y de los primeros seguidores de Cristo, en virtud de lo que Dios les ha revelado⁶⁰. Su compromiso puede orientar lo que somos y hacemos.

La misericordia no es una realidad etérea, sin contenido concreto y práctico. Bien al contrario, se vuelve *proximidad* con los *caídos* del mundo, con los *perdidos* que hay que volver a buscar, con los *bombardeados* a punto de morir entre escombros, con los *llagados* que deben ser atendidos con cariño debido a sus heridas, con los *abandonados*, cuyo sufrimiento, tanto físico como moral, no les preocupa de verdad a nadie, con los *olvidados de toda clase de contiendas*, niños inocentes, jóvenes sin malicia, mayores indefensos y ancianos sin culpa, con los *maltratados* por leyes injustas que dejan sin salida humana lo mucho trabajado.

Todos ellos se muestran como *heridos sin protección*, que padecen lo indecible por decisiones malignas de los poderosos sin corazón, que piensan más en sí que en el servicio a los desprotegidos. Los adoradores de la Trinidad estamos llamados a contemplar y ayudar a estos *descartados* en los rostros de los indefensos, en las incontables víctimas inocentes de hombres y mujeres en Ucrania o en la *franja de Gaza*, a quienes hay que prestarles la *máxima atención*, ya que la Trinidad acoge sus miserias

⁶⁰ Cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 1, a. 8, ad 2; q. 57, a. 5, ad 3; II-II, q. 6, a. 1, sol.

como si fueran propias, *en los desorientados* y migrantes a quienes no se les permite cruzar fronteras, cuando la creación entera está al servicio de todos.

Resulta duro afirmarlo, pero, en la práctica, hemos convertido «en escoria» a los sintecho, los apátridas, los refugiados que caminan de un lugar a otro, los atrapados entre fronteras a quien nadie quiere, ya que aparecen como *desechos molestos*. No se prevé ningún lugar seguro para ellos en una organización bien planificada. Se les trata como una nueva *subespecie humana*: «los superfluos». Hemos de preguntarnos si los creyentes de nuestros días no nos estamos acostumbrando a ellas y si, como gritara proféticamente Antonio de Montesinos, no nos estamos dejando vencer por el «sueño letárgico de cruel inhumanidad»⁶¹.

4.3. *Elogio de la misericordia humana*

En relación con la misericordia humana, que encuentra su origen en el Dios Uno y Trino y halla su punto de contacto más singular en el Hijo humanado, Tomás asume la atinada descripción del Hiponense: «La misericordia es la compasión que experimenta nuestro corazón ante la miseria de otro, sentimiento que nos obliga, en realidad, a socorrer, si podemos»⁶².

En esta forma de pensar, Tomás no hacía más que poner por escrito lo recibido por tradición. Así, en *Elogio de la misericordia*⁶³,

⁶¹ Citado en B. de las Casas, «Historia de las Indias», en *Obras escogidas*, II, Ediciones Atlas, Madrid, 1958, p. 176.

⁶² T. de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 30, a. 1, sol., citando a A. de Hipona, *De Trinitate* IX, 5, PL 41, 261.

⁶³ Merece la pena leer algunas de las precisas reflexiones sobre el magisterio del Aquinate al respecto, propuestas por Luis Carlos Bernal en *Elogio de la Misericordia*, San Esteban, Salamanca, 2015. Su visión sobre la misericordia trinitaria se aparta de algunos principios propuestos aquí.

Luis Carlos Bernal dedica el primer capítulo a Domingo de Guzmán, destacando su época de estudiante en Palencia (1186) y su compasión al contemplar tanta miseria y necesidad, vendiendo sus libros y sus pertenencias para dárselo a los pobres. Como dice su biógrafo Pedro Ferrando, su *corazón era un hospital de desdichas*. El autor realiza un paralelismo con los gestos compasivos de Jesús, recogiendo en ellos la dialéctica de la compasión: *mirar, sentir compasión, realizar un gesto solidario*. Dos miradas penetrantes y educadas en el amor, capaces de llegar hasta las entrañas doloridas del necesitado. Es la mirada penetrante del corazón que llega más allá que el mirar de la razón.

5. La gran noticia de la misericordia

La Buena Noticia entre las buenas noticias consiste, desde siempre (es decir: desde el principio, desde toda la eternidad), en experimentar que la Trinidad es Amor, convertido en Misericordia. Nuestro Dios no sólo puede amar y es amor en su ser esencial; también es misericordia en su búsqueda de la creación. Esto significa que el Dios Uno y Trino no hace otra cosa que amar y *misericordiar* en cada actuación *ad intra* y *ad extra*. Esto implica que, en la identidad existente en sus Tres Personas, es Amor Compartido, que en la relación con la creación se convierte en Misericordia⁶⁴. La *identidad más profunda* divina es el Amor, porque desde toda la eternidad, e independientemente de nuestra presencia, existe como una *Familia Trinitaria de Amor*. No podemos ni tan siquiera imaginar Personas en soledad; siempre existen en comunidad⁶⁵.

⁶⁴ Cf. T. J. White, *The Trinity: An Introduction*, pp. 281-283.

⁶⁵ Kasper subraya la relación como principio de comunión eclesial en: W. Kasper, *The God of Jesus Christ*, Crossroad, New York, 1984, pp. 214-216.

5.1. *El amor intenso, expansivo y pleno*

La Santísima Trinidad, siendo Amor en la Unidad de sus Tres Personas, no lo guarda para sí. *Desea compartir* ese Amor perfecto con la humanidad y el mundo. Este Amor, entonces, se convierte en Misericordia. Al igual que la Trinidad muestra su identidad más profunda en las relaciones, también los seres humanos somos relaciones personales, empezando por la relación más intensa –la que tenemos con el Padre: somos sus hijos–, continuando con la más expandida –con el Hijo: somos sus hermanos–, y terminando con la más plenificada –con el Espíritu Santo: estamos llamados siempre al *amor gozado* mediante el derramamiento acogido de la misericordia–. Las tres relaciones definen quiénes somos, así como quiénes estamos llamados a ser en este mundo y el venidero.

Como la *Trinidad* comparte su amor con nosotros, estamos llamados a compartir el Amor divino con los demás y, de una manera muy especial, en el espacio sagrado de las *familias*. Estas constituyen una manifestación del Amor divino, habida cuenta de que, mediante la creación de hombre y mujer a su imagen y semejanza, el Amor primero le otorga a la pareja humana la capacidad de compartir su amor y dar origen a *terceras personas*. Así se concreta y encarna el Amor invisible de Dios.

Las tres Divinas Personas siembran su Amor con la creación. Juan de Yeps pone en boca de las criaturas este bellísimo canto: «Mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura / y, yéndolos mirando, / con sola su figura vestidos los dejó de su hermosura»⁶⁶. Cuando se tienen los ojos bien abiertos y vibra la mirada de la fe, en todo lo creado podemos *contemplar la complacencia* del Hijo humanado manifestada en la creación. No hay sólo complacencia; también hay perdón por los pecados

⁶⁶ J. de la Cruz, *Cántico Espiritual*, estrofa 14.

humanos y, con relativa frecuencia, una misericordia sin límites para extirpar las miserias que se dan cada día en los hombres, incapaces de poner en práctica las enseñanzas del Evangelio.

Además, la construcción de la *identidad bautismal* «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» debe mucho a la antigua categoría de «éxtasis» (expuesta por Gregorio de Nisa⁶⁷, bien conocido por Tomás en sus escritos). Porque sólo poniéndonos las personas en la debida disposición de lanzarnos hacia delante, en unión con todos los bautizados, podremos seguir las huellas del Hijo humanado en la búsqueda jubilosa de llegar a contemplar el verdadero rostro del Padre, que nos proporciona el Espíritu.

5.2. *Homenajear el Tratado sobre la Trinidad'*

Agradecer y homenajear la vida, obra y, sobre todo, el *Tratado sobre la Trinidad* del Aquinato conlleva dejarnos «arrastrar» por el amor trinitario, que no encadena, sino libera; no entristece, sino satisface de felicidad; que no lleva por caminos erráticos, sino que conduce a la verdad plena; que no mancha, sino transfigura. Sin duda, estos pensamientos podían considerarse su *herencia*. El mundo actual, tan desnortado y egoísta, lo que más necesita no es la inteligencia, sino, como dice Agustín, *orientar el amor*⁶⁸, tomando como peso y medida de su contenido el amor trinitario, con todo lo que significa. Cuando las grandes potencias del mundo, enfrentadas y divididas, están *fuera del amor*, nuestro compromiso no puede ser otro que esforzarnos por brindar mensajes de amor con un testimonio *real y veraz*.

⁶⁷ Cf. G. de Nisa, *De Hominis Opificio*, PG 44, cap. 16.

⁶⁸ Cf. A. de Hipona, *De civitate Dei* XV, 22; *Epistola* 155, 13-14.

Pienso que no es adecuado detenerse primeramente en considerar el valor de la inteligencia como el gran legado de Tomás en el desarrollo de la teología. *Lo primero es el amor, la misericordia.* No basta con la razón para poder discernir y asegurar una plena fidelidad a las tres Personas Divinas en la existencia concreta del ser humano. Esta plena fidelidad se asegura con la *correspondencia en el amor*. No colma la «recta razón» o la «razón recta»: lo que llega a plenificar es el «recto Amor» o el «Amor recto», que coincide con el Padre, se hace cruz en el Hijo y confluye en el Espíritu Santo.

5.3. *El amor concreto bien experimentado*

La tradición cristiana, desde Agustín de Hipona a Bernardo de Claraval, pasando por nuestro Tomás de Aquino, ha ahondado en este tema, reconociendo que la Trinidad, que nos reveló y testimonió Jesucristo con *hechos, palabras y signos*⁶⁹, constituye el origen mismo de toda realidad amorosa. Las tres Divinas Personas son quienes merecen ser más amadas por cada uno de los creyentes, ya que son ellas quienes más aman a los hombres y mejor tratan la creación. También las que mejor nos ayudan a amar.

Luego vienen las personas que forman parte del círculo íntimo: la mujer, el marido, los hijos, los hermanos, los abuelos, los amigos cercanos, los conocidos, los extraños, incluso los *enemigos* y, en el fondo, se alza el amor a uno mismo⁷⁰. Hablar de más y menos en el amor puede resultar chocante y, para los poco informados, hasta frustrante. En el modo más íntimo, el amor es *de uno*, pero sólo se comporta como verdadero cuando

⁶⁹ Cf. A. Cordovilla, *El misterio del Dios trinitario*, BAC, Madrid, 2012, pp. 93-146.

⁷⁰ Al objeto de la caridad le dedica el Aquinate toda una cuestión en la *Suma Teológica*, II-II, q. 25 y en la q. 27, a. 7-8.

ordenadamente se abre a la Trinidad, a los hermanos y a la historia⁷¹. Antes o después, nuestros amores humanos entran en conflicto y los desarrollamos de un modo u otro. Amor, racionalidad y orden no se repelen; se complementan. Debemos amar y ser amados⁷², pero necesitamos hacerlo concretamente en cada situación y con cada persona, sin olvidar la creación. Con todo, conviene aceptar que cualquier manifestación amorosa puede que no sea reconocida, ya que necesita ser considerada *en concreto* en el establecimiento de las prioridades en el amor, conforme a los designios trinitarios.

Ser testigos activos del Amor trinitario nos lleva a contemplar con *ojos nuevos* tanto la realidad humana como la creación, en lo que muestran cada día de *más concreto*. En la práctica, esto significa reconocer los *derechos de todos*, que con frecuencia son conculcados; trabajar por la implantación de sociedades más justas y dignas para el desarrollo de cada persona. Por último, implica también el respeto a la creación y el cultivo de sus bienes para todos, de modo que las diferentes relaciones se acoplen a los criterios trinitarios⁷³.

6. Conclusión: permanecer en el Amor del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo

Quizá la frase más importante de la Sagrada Escritura, inspirada sin duda por el Espíritu, la tengamos en Jn 15, 9: «Como el Padre

⁷¹ Para el orden del amor, véase: T. de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 26.

⁷² Cf. T. de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 27, a. 1, sol. y ad 2 y 3.

⁷³ Aunque con limitaciones, no debe rechazarse el teologúmeno sobre las repercusiones sociales y ecológicas de la vida trinitaria (cf. S. del Cura Elena, «Relevancia social y política trinitaria. Exposición y comentario», *Corintios XIII* 94 (2000), pp. 109-140).

me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor». Permanecer con todas las consecuencias ante su Presencia es la mejor herencia y el mayor testimonio de Jesús, algo que con su vida y con su obra confesó santo Tomás. No somos *accidentes*, como recalca Alain Delon antes de morir el 17 de agosto de 2024. Somos *personas permanentes*, amadas para siempre por las tres Divinas Personas y destinadas a la *felicidad definitiva*.

En el acontecimiento de la muerte, seremos lo que queríamos ser y no pudimos alcanzarlo en la vida terrena. Aunque la felicidad eterna va más allá de todo aquello que deseamos ser en la existencia concreta, porque la Trinidad nos tiene preparado un destino que siempre «va más allá». Esto no es sólo *hermoso*; es también *real* y hasta *concreto*, de ningún modo mentira o fatuidad. Si algo nos dijese hoy Tomás sería: «Atrévete a amar, como las tres Divinas Personas te están amando desde la eternidad. Lo fundamental es el amor. Lo que nunca puede ponerse en riesgo es el amor. Lo que más nos satisface es el amor. Lo que en ningún modo puede dejarse a un lado es el amor. Lo que nos llevará a la felicidad definitiva es el amor, que supera toda medida. De ese amor se desprende la misericordia, que nos hace sentirnos libres».

Indudablemente, el Amor fue el *fundamento* de la existencia de Tomás y también el *objeto de su pasión*. Aunque escribió mucho sobre las pruebas de la existencia de Dios⁷⁴, él no necesitaba ninguna, porque, desde su infancia y juventud, más en la adultez, se sintió atraído de tal manera por el Amor, que guiaba todos sus caminos hacia la Verdad⁷⁵. Dejó hacer que la Trinidad construyera

⁷⁴ Cf. M. Porcel Moreno, «¿Son realmente onto-teo-lógicas las pruebas clásicas de la existencia de Dios?», *Proyección*, n.º 259 (2015), pp. 423-444.

⁷⁵ Sobre el legado espiritual y teológico del Aquinate, consúltense: J.-P. Torrell, *Saint Thomas Aquinas: Theologian*, pp. 266-268.

su existencia, convencido de que, para los que aman al Padre, al Hijo y al Espíritu, todo coopera en su bien y llegarán a alcanzar la ansiada felicidad⁷⁶.

Referencias bibliográficas

- Agustín de Hipona. *De Trinitate*. CCSL 50, Typographi Brepols Editores Pontificii, Turnholti, 1968.
- Armendáriz, L. M.^a. *Hombre y mundo a la luz del Creador*. Cristiandad, Madrid, 2001.
- Bernal, L. C. *Elogio de la Misericordia*. San Esteban, Salamanca, 2015.
- Bouyer, L. *The Spirit and Forms of Protestantism*. Collins, London, 1956.
- Buenaventura, «Breviloquium». En *Opera Omnia*, vol. V. Typ. Colegii a S. Bonaventura, QuaracchiFlorentiae, 1891.
- Cabiedas, J. M. *Antropología de la vocación de la vocación cristiana*. Sigueme, Salamanca, 2019.
- Casas, B. de las. *Obras escogidas*, II. Ediciones Atlas, Madrid, 1958.
- Cordovilla, A. *El misterio del Dios trinitario*. BAC, Madrid, 2012.
- Cura Elena, S. del. «Creación ‘ex nihilo’ como creación ‘ex amore’: su arraigo y consistencia en el misterio trinitario de Dios». *Estudios Trinitarios*, vol. 39 (2004), pp. 55-130.
- Cura Elena, S. del. «Relevancia social y política trinitaria. Exposición y comentario». *Corintios XIII*, 94 (2000), pp. 109-140.
- Gregorio de Nisa. *De Hominis Opificio*. PG 44, J. P. Migne, 1863.

⁷⁶ Acerca de la actualidad del tratado trinitario, véase: G. Emery, *The Trinitarian Theology of St. Thomas Aquinas*, pp. 312-314. Para un abordaje filosófico-teológico de la cuestión Dios desde el *agapè* –amor y/o caridad–, consultese: M. Porcel Moreno, «Jean-Luc Marion y la teología. La donación como alternativa al ser», *Carthaginensis*, vol. 40, n.^o 77 (2024), pp. 87-115.

- Juan de la Cruz. *Cántico Espiritual*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 1981.
- Lubac, H. de. *The Mystery of the Supernatural*. Crossroad, New York, 1998.
- Duquoc, Ch. *Dios diferente*. Sígueme, Salamanca, 1982.
- Edwards, D. *El Dios de la evolución. Una teología trinitaria*. Sal Terrae, Maliaño, 2006.
- Emery, G. *The Trinitarian Theology of St. Thomas Aquinas*. Oxford University Press, Oxford, 2007.
- Gesché, A. *El sentido*. Sígueme, Salamanca, 2016.
- Gómez García, E. «¿Qué misericordia? Claves de recuperación y de reinterpretación desde los pueblos crucificados», *Estudios Trinitarios*, vol. 50, n.º 3 (2016), pp. 517-555.
- Gómez García, E. «En la coyuntura teándrica de la historia: el ‘principio misericordia’ en el pensamiento de Jon Sobrino». En I. González Marcos (ed.). *Sed misericordiosos. Solo la misericordia puede cambiar el corazón*. CTSA, Madrid, 2016, pp. 205-229.
- Gómez García, E. «Recosmificar la teología: un reto in fieri». *Carthaginensis*, n.º 79 (2025), pp. 461-489.
- González de Cardenal, O. *Historia, hombres, Dios*. Cristiandad, Madrid, 2005.
- Kasper, W. *The God of Jesus Christ*. Crossroad, New York, 1984.
- Lonergan, B. *Insight*. Longmans, London, 1957.
- Pannenberg, W. *Teología Sistemática*, vol. I. Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1996.
- Porcel Moreno, M. «¿Son realmente onto-teo-lógicas las pruebas clásicas de la existencia de Dios?». *Proyección*, n.º 259 (2015), pp. 423-444.
- Porcel Moreno, M. «Jean-Luc Marion y la teología. La donación como alternativa al ser». *Carthaginensis*, vol. 40, n.º 77 (2024), pp. 87-115.

- Rahner, K. «El Dios Trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación». En *Mysterium salutis*, II, dir. por J. Feiner y M. Löhrer. Cristiandad, Madrid, 1977.
- Ratzinger, J. *Introduction to Christianity*. Ignatius Press, San Francisco, 2004.
- Roszak, P., «Biblical Exegesis and Theology in Thomas Aquinas». *Studium. Filosofía y teología*, n.º 48 (2021), pp. 13-25.
- Roszak, P., «Exégesis y metafísica. En torno a la hermenéutica bíblica de Tomás de Aquino». *Salmanticensis*, n.º 61 (2014), pp. 301-323.
- Rovira Beloso, J. M.ª. «Relaciones subsistentes». En *Diccionario teológico El Dios cristiano*. Dir. por X. Pikaza y N. Silanes. Secretariado Trinitario, Salamanca, 1992.
- Sacristán López, R. «La definición tomista del amor como unión afectiva». *Revista española de teología*, n.º 75 (2017), pp. 317-332.
- Sokolowski, R. *The God of Faith and Reason*. Catholic University of America Press, Washington, 1995.
- Tomás de Aquino. *Contra Gentes*. Marietti, Taurini-Romae, 1961.
- Tomás de Aquino. *Suma teológica*, vol. I-V. BAC, Madrid, 1988-1995.
- Torrell, J. P. «Les “collationes in decem preceptis” de saint Thomas d’Aquin: édition critique avec introduction et notes». *Revue des Sciences philosophiques et théologiques*, vol. 69, n.º 1 (1985), pp. 5-40.
- Torrell, J.-P. *Saint Thomas Aquinas: Spiritual Master*. Catholic University of America Press, Washington, 2005.
- Torres Queiruga, A. «Creación por amor: creer en Dios en la cultura actual». En *Alguien así es el Dios en el que yo creo*. Trotta, Madrid, 2013.
- Torres Serrano, J. M. «La pro-existencia: un modo de ser y de hablar de Dios en el contexto latinoamericano». *Revista Iberoamericana de Teología*, n.º 10 (2010), pp. 25-48.
- Uña Juárez, A. «San Agustín: belleza, música e historia. Un admirable

- cántico». *Argentinus*, nn.^o 168-169 (1998), pp. 107-128.
- Uríbarri Bilbao, G. «Santo Tomás de Aquino. Adorar a Dios con la inteligencia». *Magnificat*, n.^o 170 (2018), pp. 13-17.
- White, T. J. *The Trinity: An Introduction*. Catholic University of America Press, Washington, 2022.
- Zizioulas, I. D. *Being as Communion*. St Vladimir's Seminary Press, Crestwood, 1985.
- Zizioulas, I. D. *Comunión y alteridad*. Sígueme, Salamanca, 2009.
- Zizioulas, I. D. *El ser eclesial: persona, comunión, Iglesia*. Sígueme, Salamanca 2003.

